

ÁLVAREZ, María Ángeles. *Y el aire al soplar*. Madrid: Editorial Cuadernos del Laberinto, 2019. Anaquel de Poesía, 91. ISBN: 978-84-120024-6-1

María Ángeles Álvarez es una poeta, arqueóloga e historiadora apasionada por lo frágil, por lo insignificante, por lo pequeño que cumple la misión de dejar la huella de lo sagrado en el mundo. Así lo manifiesta en su reciente poemario *Y el aire al soplar*, publicado por Cuadernos del Laberinto donde, con un lenguaje depurado, rescata aquellos instantes que pasan desapercibidos para la mayoría, pero que llamados por su nombre hacen de la vida un lugar habitable. Una «gota de lluvia / que colgando de un cable de luz / sobre el precipicio se balancea», por ejemplo, una leve sombra de lo que se nos impone como algo pasajero que apenas influye en el discurrir de nuestros afanes. Pero cuya suma puede construir una colección de imágenes que salven, al final, de lo turbio y de lo oscuro que nos rodea.

Los elementos de la naturaleza dialogan profundos con el poema. No es de extrañar que así sea en alguien que está dedicada a uno de los oficios más hermosos del mundo, el de cuidar de las flores. El aire que sopla revela en su danza toda la luz que le acoge: «Y el aire al soplar / podía desprender / el lengüetazo del sol / sobre las hojas». Todos esos elementos forman un coro que acompaña al sujeto lírico que tiene una conciencia profunda de pertenecer al mismo mundo que ellos simplemente por el hecho de poder ser consciente de su existencia.

También los espacios naturales le sirven a la autora como modo simbólico de hablar de su vida, de sus relaciones humanas, porque no hay nada más expresivo que la vida hablando de la vida. Con versos cortos, a veces constituidos por un solo término, como fogonazos que dejan su impresión en la retina, acumula su verdad: «Quise que fueras rama / y flor / y fruto maduro, / mientras tú / mirabas / las raíces / que lentamente / regalabas / a / mis / pies».

El poemario suma, de este modo, espacios simbólicos con espacios reales, en una danza rítmica de la que participa quien lo lee. Universo humanizado que se hace uno con las acciones de quien lo habita y viceversa («No sé cuándo / plantaste / tu árbol / aquí), en una fusión que le debe mucho a ese «Cántico Espiritual» de nuestro místico más amado, alguno de cuyos versos encabezan el

libro. Igualmente comparten los poemas con el fontiveroño toda su simbología aérea: «Y entonces / un pájaro se posó / en su garganta / y comenzó a cantar». El ascenso y el canto, la luz y el vuelo. Y también la salvación y la necesidad: «Son las palabras, / aves en vuelo / que a veces pasan / cerca / y de sus alas / se escapan / surcando la frente, / descansando / en ella».

Pero como ya he adelantado, de entre todos los elementos de este poemario destacan los temas sanjuanistas, a veces explicitados por las citas que encabezan algunos de los poemas: las aves y su vuelo, el jardín, el diálogo entre los amantes,... y también la palabra desde sus múltiples perspectivas. La unidad lo preside todo. Lo alto y lo bajo se funden en quien contempla el universo como si fuera uno en su interior: «Al levantar los ríos / los enredaste / en el cielo. // Las algas / se confundían / con las estrellas, / y todo el reflejo / de la luz sobre al agua / se hizo nube. // Y paseaban sobre mí / que miraba / su fuga / en su ascender / entre los árboles».

Es, para concluir, Y el aire al soplar un hermoso poemario con fragancia de haikus y conciencia de la necesidad del tiempo y la entrega en los procesos: «Para ser barro, / untuoso y pardo, / el que deja los pies manchados / y la memoria turbia, / hay que dejarse / moler», o «Firmas con tu luz el cielo / mientras te enraizas profundamente / en el vuelo». La naturaleza en estado puro es el contexto en el que germina un poemario caracterizado por el fulgor de hermosas imágenes de todo tipo, si bien destacan las de la relación entre la amante y el amado («Tiene tu música / salmos por dentro / y su pulso va marcando / mis horas, / entre rocas, / entre mares»), entre las que cobra importancia la imagen del árbol como elemento simbólico en torno al cual la autora logra generar bellos símiles: «Soy así, / invasiva, / llena de raíces / que van conquistando / tu agua».

Entre los recursos utilizados predominan las anáforas siempre sugerentes e intensificadoras (como en este poema tan evocador del cuarto evangelio: «Si pudiera dirigir el aire [...] Si pudiera dirigir el viento [...] Si pudiera dirigir el agua [...] Si pudiera dirigir el curso / de tu agua, / ya no tendría sed»). También otros juegos fonéticos, como el eco, con los que se consigue además resaltar la semántica hermosa de sus términos («Un sonido / que es un nido»); igualmente la paranomasia o semejanza fonética («que surgió / un día / en medio / del miedo»), la anadiplosis combinada con la aliteración («Pradera oscura, / oscura caverna, / donde a veces / aúllas cantando»), y tantos otros que muestran el perfecto dominio que su autora tiene del lenguaje, y de sus recursos retóricos.

Asunción Escribano Hernández
Catedrática de Lengua y Literatura españolas
Facultad de Comunicación de la Universidad Pontificia de Salamanca